

La ciudadanía retórica del Mediterráneo: democracia frente a barbarie

Víctor Alonso-Rocafort

Víctor Alonso-Rocafort es profesor del Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Autónoma de Madrid. Doctor en Ciencia Política y de la Administración por la Universidad Complutense de Madrid, sus líneas de investigación se orientan, desde la teoría política, hacia asuntos como la democracia, la ciudadanía y la inclusión política a partir de la recuperación de la tradición retórica clásica y humanista del Mediterráneo, y en combinación con las propuestas de autores contemporáneos como Hannah Arendt, Sheldon S. Wolin, Eric Voegelin o Leo Strauss. Editor de la revista Foro Interno. Anuario de Teoría Política, es asimismo autor de diversos artículos. Recientemente ha publicado el libro *Retórica, democracia y crisis. Un estudio de teoría política (Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010)*.

La democracia se ha estudiado en la teoría política de la segunda mitad del siglo xx principalmente desde las perspectivas liberales, comunitaristas o republicanas. Con el auge de la teoría deliberativa, al menos desde hace un par de décadas, se viene también escribiendo sobre un nuevo *modelo* de democracia. Es a comienzos de este nuevo siglo, y una vez se constata la inquietud respecto a la validez de ciertos presupuestos de la modernidad, cuando una vieja tradición como es la retórica parece insuflar visiones alternativas y novedosas al estudio de la democracia.

En primer lugar, la retórica consigue mantenerse al margen de las asunciones que podemos calificar de *modernas*. Precisamente, sucumbió ante el avance científico y metódico encabezado por autores como Petrus Ramus, Francis Bacon, René Descartes o John Locke, entre otros, y que darían forma a las bases de las corrientes de pensamiento antes mencionadas. Casi una desconocida para el sistema de estudios moderno y minusvalorada desde entonces por el lenguaje popular, la retórica fue fundamental en el currículo universitario europeo al menos hasta el siglo xviii.

La tradición retórica, como corresponde a esta larga trayectoria, no es unitaria. En los últimos años el *giro* o *recuperación* que la ha traído de nuevo a primer plano ha venido de la mano de aportaciones plurales, a menudo bien distintas e incluso contrapuestas, pero que han contribuido a recuperar este paradigma de saber en diversos ámbitos; también en la teoría política. Son así varias las perspectivas, visiones o autores que se pueden escoger a la hora de caminar por lo que José Luis Ramírez, acertadamente, ha descrito como un topos que recorrer y desde el que aprender. Si nos atenemos a la teoría política, podemos afirmar que el republicanismo contemporáneo ha recuperado el valor de las obras clásicas de Cicerón, Brunetto Latini o del mismo Niccolò Machiavelli a partir de un enfoque de la retórica muy particular, basado principalmente en el uso de la palabra en una *war of words* incruenta entre facciones. Por otra parte, la retórica aristotélica, con su reconocido componente persuasivo, se está postulando como salida frente a las críticas más extendidas realizadas sobre la democracia deliberativa.¹ No son sin embargo estas influencias las que se van a seguir en este trabajo, aunque el contacto y el intercambio con ellas será continuo.

Serán otros autores mediterráneos, como el hispano-romano Marco Fabio Quintiliano (35-95 d. de C.) o el napolitano Giambattista Vico (1668-1744), quienes conectados con los escritos de Isócrates (436-338 a. de C.), parecen construir con sus obras las bases de una ciudadanía retórica que desde el mediterráneo ofrecería unos componentes hoy novedosos para nuestras democracias; elementos que no encontraríamos en Aristóteles o en el último republicanismo. Ni Quintiliano en la Roma imperial, ni Vico en el Nápo-

1. Resulta interesante en este sentido comprobar cómo uno de los últimos grandes premios de la American Political Science Association (APSA) en teoría política se lo ha llevado un cuidado y documentado libro sobre retórica que apuesta por un enfoque deliberativo aristotélico: Bryan Garsten, *Saving Persuasion. A Defense of Rhetoric and Judgment* (2006), Cambridge, Harvard University Press, 2009.

les ilustrado que se encontraba bajo poder español y austriaco, ni qué decir del ambiguo Isócrates defensor del Areópago, fueron ardientes demócratas en las plazas de sus ciudades. Y sin embargo, en sus obras lograron introducir un componente democrático ineludible, aquel que apostaba por la inclusión y el respeto a las diferencias no sólo en la ciudad, sino en el propio gobierno del ciudadano como primera y básica instancia.²

En esta tradición la amistad política aparece como virtud cívica y popular esencial a la hora de comprender una ciudadanía a la que adjetivo como *retórica*. Por supuesto, la deuda con Aristóteles y Cicerón es clara en este sentido. Pero Vico o la propia Hannah Arendt irán más allá en su lectura de una amistad política capaz de diluir la barbarie de las castas y hermandades que vigilan y desfilan por la ciudad. Así, la amistad se atreve a trazar vínculos dulces y duraderos, de confianza, entre los ciudadanos. Es capaz de rebajar sus enemistades, que no sus diferencias, siendo selectiva y libre, alérgica a las injusticias. Para ello, la amistad antes ha jugado un papel crucial en el propio gobierno interno del ciudadano, el auténtico protagonista de la ciudad. Antes de esbozar algo más estas ideas, creo necesario aclarar cómo me aproximo a un concepto como el de ciudadanía retórica.

EXPERIENCIAS Y HORIZONTES DE UN CONCEPTO

En su obra clásica de filosofía política, *Politics and Vision* (1960), Sheldon S. Wolin situó la labor conceptual en primer plano de la disciplina. Los conceptos nos sirven para ordenar, a nuestro modo, lo político; para tomar lo que nos resulta significativo y relevante, realizando de este modo una función mediadora entre nosotros y el mundo político.³ Reinhart Koselleck insiste también en la relevancia teórica y política a la hora de escoger un determinado concepto:

Un concepto no es sólo indicador de los contextos que engloba, también es un factor suyo. Con cada concepto se establecen determinados horizontes, pero también límites para la experiencia posible y para la teoría concebible.⁴

Para Koselleck, en el concepto reposan estratos de tiempo pasado, experiencias, a la vez que nos abre un horizonte de expectativas limitadas. Este factor activo de los conceptos, la susceptibilidad de ser utilizados para el cambio y la transformación, así como para acoger y moldear comprensiones históricas, memorias determinadas, sitúan a la lucha semántica en el primer plano de «todas las épocas de crisis que conocemos por fuentes escritas».⁵ A pesar de que sabemos que los conceptos no resultan unívocos, es importante que no se produzcan confusiones a la hora de ser utilizados por la teoría política.⁶ Desde la perspectiva de Hannah Arendt, siempre preocupada por las distinciones, la teoría política utiliza unos conceptos cuyos significados han ido conformando un lenguaje compartido. Ello no es obstáculo para que, a la vez, hayan ido variando con el paso de épocas y autores.⁷

De este modo, no se trataría de *descubrir* lo que es, en este caso, *la ciudadanía retórica*, sino que a ras de la situación y la experiencia política del momento, atendiendo a los estratos contenidos en el concepto, también a su valor para el momento actual y a los horizontes que abre, la tarea consiste en otorgarle autoridad y prestigio y, si es necesario, innovar o recrear significados sobre el mismo significante. Su conexión con la democracia y con la tradición mediterránea citada más arriba resulta clave en este sentido.

Las luchas semánticas sobre un concepto como el de *retórica* han sido por otra parte muy enconadas. Numerosos estudios dan muestra de la purga efectuada sobre sus con-

2. Estos aspectos los he trabajado con detenimiento en Víctor Alonso-Rocafort, «Marco Fabio Quintiliano y la retórica democrática», *Utopía y Praxis Latinoamericana*, vol. 13, n.º 43, págs. 49-66. Víctor Alonso-Rocafort, «Giambattista Vico: mimbres para una ciudadanía retórica y democrática», *Cuadernos sobre Vico*, n.º 21/22 (2008), págs. 15-39. También en la obra, de próxima aparición: *Retórica, democracia y crisis. Un estudio de teoría política*, Madrid, CEPC, 2010.

3. Sheldon S. Wolin, *Política y perspectiva* (1960), Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2001, capítulo 1. Hay una nueva edición ampliada de esta obra, de 2004, que añade una segunda parte con siete capítulos más: *Politics and Vision. Expanded Edition*, Princeton, Princeton University Press, 2004.

4. Reinhart Koselleck, *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (1979), Barcelona, Paidós, 1993, pág. 118.

5. *Ibid.*, pág. 111.

6. Hans G. Gadamer, «La historia del concepto como filosofía» (1970), en *Verdad y método*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2002, vol. II, pág. 83.

7. Hannah Arendt, «¿Qué es la autoridad?», en: *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, trad. de Ana Poljak, Barcelona, Península, 1996 págs. 106-107 «En las ideas y conceptos elaborados durante siglos no debe verse una reserva de sabiduría política absoluta, sino una gramática y vocabulario en continua evolución, destinados a facilitar la comunicación y orientar la comprensión». Wolin, *Política y perspectiva*, pág. 36.

tenidos, principalmente los referidos a la *inventio* o a su amplia trascendencia ética y filosófica. Hoy todavía los desacuerdos son profundos respecto a si la retórica es o no persuasión, o sobre si tan sólo nos encontramos ante una técnica para analizar o realizar discursos. Este tipo de luchas sobre qué es en realidad la *retórica* ya se expresaba en las quejas de autores como Isócrates, Aristóteles, Cicerón o Quintiliano frente al triunfo del pensamiento socrático y platónico que insistía en ligarla con los sofistas.⁸ Esta vieja querrela alcanzó su máximo apogeo a fines del siglo XVI. La derrota consecuente de la retórica, al menos de aquella que va más allá del ornato, el discurso o la manipulación, ha supuesto que en la actualidad el lenguaje periodístico y popular la haya asimilado con el engaño y la invasión interna.

En este trabajo no pretendo plantear un contenido cierto y fijo para este concepto de *ciudadanía retórica*. Tampoco explorar posibles sustitutos que resulten más o menos válidos y cercanos dado el descrédito popular del término. En realidad pretendo seguir las palabras de Ramírez, y el espíritu que guiaba los trabajos de Hans Gadamer y el propio Koselleck, cuando el primero escribía:

Lo interesante de un concepto no es su contenido –que es ficticio, pues un concepto es un instrumento que a lo sumo apunta a algo, no lo encierra– sino la perspectiva que ilumina su sentido.⁹

Sheldon S. Wolin añade a esta *perspectiva*, necesaria en todo conocimiento situado, la imaginación capaz de trascender los horizontes tradicionales de los significados que se dan a lo político. Se trata de la visión teórica.¹⁰ En ella el componente imaginativo de la actividad del pensar usa el lenguaje, pero va más allá.¹¹ Es en este sentido como creo que se puede indagar en la experiencia que acompaña a *la ciudadanía retórica*, así como también apuntar hacia los horizontes que se abren como posibilidad de una política novedosa, quizá más necesaria que nunca en estos tiempos de crisis. No se trata de una propuesta que sale de la nada, o que emerge de la magia y la omnipotencia teóricas, sino que ya ha sido pensada durante siglos por sabios y estudiosos que la tuvieron muy en cuenta. El reto que tenemos hoy desde la teoría política consiste en recuperarla y adaptarla a nuestras preocupaciones actuales.

Esta recuperación conceptual de una ciudadanía retórica ligada a la democracia y al Mediterráneo, a mi juicio, nos puede ayudar en tres áreas distintas de la teoría política: i) en primer lugar, parte de una idea de ciudadano (in)completo y democrático; ii) esta comprensión del ciudadano se traslada a la ciudad, lo que permite la apuesta por una comunidad política inclusiva, democrática y capaz de *re-conocer* la diferencia; iii) por último, la democracia retórica nos remite a una política que no deja espacios para la violencia, tampoco para las influencias góticas ni dialécticas, lo que supone un nuevo modo comprender la política y, en última instancia, la ciudadanía.

En este último caso partiré de una idea arendtiana de la política, donde no se obvia el conflicto, pero sí se mantiene que la política es distinta de la lucha agonista o la guerra. La construcción de la política en la ciudad es equivalente a la construcción de la democracia, y aquí sigo a Sheldon Wolin. Si los ciudadanos deben decidir entre todos aquello que quieren para su ciudad, la política, desde el respeto por la isegoría y el buen juicio, puede acercarnos a la democracia. A pesar de que se den posturas distintas e incluso enfrentadas, un reconocimiento del conflicto y la pluralidad como algo ineludible, una

8. Ver por ejemplo: Marco Fabio Quintiliano, *Obra completa: Sobre la formación del orador (Institutio Oratoriae)*, 12 libros repartidos en cinco tomos, traducción y comentarios de Alfonso Ortega, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1997-2001, I. Proemio, 13.

9. José Luis Ramírez, «El espacio del género y el género del espacio», *Astrágalo. Cultura de la Arquitectura y la Ciudad*, n.º 5 (noviembre 1996).

10. Wolin, *Política y perspectiva*, pág. 28.

11. Javier Roiz, *El experimento moderno*, Madrid, Trotta, págs. 140-149. Esto entronca con ese portero desbordado por lo no consciente del que también nos hablaba Koselleck: *Futuro pasado*, pág. 275.

profundización en los vínculos que genera la amistad política entre la ciudadanía, puede ayudarnos a avanzar en estos aspectos.

Estamos por tanto en un segundo estadio. La amistad entre diferentes que se logra en la ciudad, una vez es *política*, trata de desactivar los muros e impedimentos burocráticos erigidos por la casta nacional gobernante y privilegiada. En tiempos como los nuestros de restricciones severas a la inmigración, tanto legales como policiales y militares, rescatar esta reflexión desde la retórica puede resultar esclarecedora. Se trataría, en cierto modo, de un antídoto frente a la barbarie.

EL GOBIERNO DEMOCRÁTICO DEL CIUDADANO

El fenómeno de una identidad volátil, compleja, que a menudo necesita de fuertes anclajes para sobrevivir mentalmente, agarraderas que se determinan por cuestiones pasionales, fantásticas o emocionales además de racionales, está entre las preocupaciones principales de nuestras democracias. No es por ello casual que desde finales del siglo xx *las políticas de identidad* se haya destacado como un campo principal en la teoría política. O que las teorías del nacionalismo, poscoloniales o del género traten de pensar una y otra vez este primer estadio.

La línea retórica que aquí se reivindica nos permite partir en esta labor de una comprensión más *completa* del ciudadano. Por lo menos algo más completa que aquella que habitualmente se utiliza desde las ciencias sociales más al uso. Por un lado, la retórica ha evitado siempre el reduccionismo del racionalismo cartesiano, su reificación de la voluntad soberana, algo contra lo que luchó especialmente Vico. También se tendrá en cuenta, como diría Quintiliano, dónde se ponen los pies, es decir, cada situación específica y cambiante desde la que se vive, se piensa o se dice. Es por ello que se logran evadir modelos como el del *homo economicus* o aquel del actor protagonista de la Teoría de la Elección Racional, enseguida traspasado al *political man* de la ciencia política más empírica. Tampoco la retórica parte de un ciudadano compulsivo cuyos comportamientos pueden regularizarse en datos que nos permitan predicciones y control social.

El ciudadano tal y como lo comprende la retórica posee, efectivamente, razón. Pero además tiene sentido común, prudencia, ingenio y fantasía. Le recorren pasiones, afectos y emociones que, a menudo, dicen mucho incluso desde el silencio. Es lo que, de nuevo con Vico, se conoce como el *mutos* del individuo.¹² Esto nos permite pensar al ciudadano desde la *vieja* ciencia política, en palabras de Leo Strauss. Es decir, desde la ciencia práctica que atiende a la contingencia de los asuntos humanos, pero sin descuidar las preocupaciones de la ciencia teórica sobre aspectos filosóficos y éticos del mismo.¹³ Se trata en realidad de la tarea que se propusieron Quintiliano y tantos otros a la hora de estudiar lo político en un sentido amplio. La democracia requiere una sensibilidad especial hacia cada instancia interna, y se preocupa por obtener cierta armonía que impida la tiranía de la razón, sí, pero también las de la pasión o la fantasía. A la vez se reconocen espacios públicos internos, susceptibles de invasión, por lo que tras su reconocimiento se apuesta por un cuidado democrático hacia ellos. El convencer y convertir está de más en esta tradición retórica mediterránea. Un buen gobierno *in foro interno* aparece, de esta manera, como un primer paso necesario para capacitar al ciudadano a la hora de ampliar y enriquecer la democracia de su ciudad.

12. Giambattista Vico, *Ciencia Nueva* (1744), trad. de Rocío de la Villa, Madrid, Tecnos, 1995, pág. 213 (par. 434). Javier Roiz, *La recuperación del buen juicio*, Madrid, Foro Interno, 2003, págs. 33-34.

13. Leo Strauss, «Un epílogo», en: *Liberalismo antiguo y moderno*, Buenos Aires, Katz Editores, 2007. Leo Strauss, *La ciudad y el hombre* (1964), Buenos Aires, Katz, 2006, cap. I.

Sigmund Freud proseguirá la tradición que, con Moisés Maimónides y el propio Vico, entiende el gobierno del individuo como el primer estadio de la ciencia política. Freud nombraría a ingentes regiones del individuo como *no conscientes*, sin saber aplicarle un concepto o un universo de conceptos en positivo; posiblemente ello se debió al tamaño y la dificultad de la empresa. Javier Roiz cuenta cómo el primer impulso de Freud consistió en atacar esas nuevas regiones a la manera de los conquistadores, midiendo y haciendo mapas con los que conocer y enumerar el mundo interno. A lo largo de los años esta actitud *científica* del autor vienés fue decayendo, hasta que tuvo que reconocer lo *incompleto* del ser humano. Es decir, nunca llegaremos a conocer con certeza cada rincón nuestro, pero eso no quiere decir que no estén ahí, que no actúen, y que no debamos escuchar e interpretar lo que se tenga que decir desde esos barrios internos.¹⁴

El llamamiento de Eric Voegelin a no perder de vista la cuestión de la trascendencia o el escepticismo de Strauss, en cierto modo, son actitudes de la nueva teoría política de la segunda mitad del siglo veinte que podríamos enmarcar en esta visión (in)completa del ciudadano que aporta la retórica.¹⁵ Lo fundamental de la misma es que supone un freno a la omnipotencia, a la vez que facilita una indagación más realista y compleja de la ciudadanía.

SOBRE LA AMISTAD: DEL FORO INTERNO A LA CIUDAD

Ya decía Aristóteles que el elemento esencial de las ciudades eran los ciudadanos.¹⁶ Desde éstos se construye una comunidad política. De aquí parte que la comprensión del ciudadano resulta esencial para conocer y actuar en lo público. En los amplios desarrollos de lo que podemos llamar «la importancia política del foro interno» tendrán un papel esencial los rétores. Éstos comprendían que al igual en la comunidad política tiene sus órganos ejecutivos, legislativos y judiciales, también podemos encontrar estas funciones y divisiones en nuestro foro interno. Y no se nos escapa que esta es la división que adopta Arendt en su último libro, *La vida del espíritu*.

Giambattista Vico, profesor de retórica en la Universidad de Nápoles, asume esta visión política del ciudadano. El napolitano vive en un tiempo clave donde se asentaban las nuevas ciudadanía *nacionales* procedentes de Westfalia y, sobre todo, se producía el embate ilustrado que daría más adelante pie al principio de las nacionalidades. Vico, conocedor y amante del mundo hebreo, también de la *asimilación/integración* que se imponía entonces por Europa, defendía la construcción del espacio público desde la amistad. En consecuencia, rechazaba la hermandad basada en una misma sangre, tierra y religión, donde una casta de ciudadanos se erigía con diversos privilegios sobre el resto de personas: mujeres, niños, esclavos y extranjeros. Era una exclusión injusta, pero además *bárbara*, pues negaba algo tan básico a su entender como la hospitalidad.

La relevancia de Vico descansa en que ligaba la apertura democrática en el gobierno del ciudadano, a partir de la amistad con uno mismo, a la inclusión democrática de los diferentes en la ciudad. Si somos capaces de reconocer estancias tradicionalmente excluidas de nosotros mismos a la hora de deliberar, juzgar y tomar decisiones, también seremos posiblemente capaces de incluir en nuestras vidas a los que han sido relegados como débiles y dependientes en la ciudad. De esta manera los infieles y herejes, quienes no han nacido en nuestro suelo ni tienen la misma sangre, quienes, en definitiva, no tienen voz

14. Javier Roiz, *Sociedad vigilante y mundo judío en la concepción del Estado*, Madrid, Editorial Complutense, 2008, págs. 37-38, 49, 104-105.

15. Eric Voegelin, «Equivalences of Experience and Symbolization in History», en *The Collected Works of Eric Voegelin*, vol. 12: «Published Essays, 1966-1985», Louisiana State University Press, 1990. Giuseppe Ballacci, «Giambattista Vico y Eric Voegelin: fundamentos y lenguaje simbólico», *Utopía y Praxis Latinoamericana*, año 13, n.º 43, (octubre-diciembre, 2008), págs. 119-134.

16. Aristóteles, *Política*, III.1, 1274b 2.

para los asuntos públicos (*in-fantes*), pueden ser reconocidos, aceptados en el escenario de nuestras vidas, incorporados a nuestros sueños, proyectos y sentimientos, una vez hayamos sabido lidiar con estas cuestiones políticas en nuestro propio gobierno.

Escuchar algo más que a nuestra razón, o a nuestras pasiones, o a nuestras imaginaciones; es decir, no dejarnos someter por ninguna de ellas y afrontar un verdadero proceso democrático a la hora de dejar espacio al buen juicio y al parlamento antes de tomar cualquier decisión drástica, nos permite salir a las calles de la ciudad con otro bagaje político. Se trata de ejercer un gobierno más democrático para con nosotros mismos dando voz a cuantos estadios nos conformen, aprendiendo a escuchar también al *mutos*. De esta manera, este gobierno permitiría la entrada en la sala de todos los testigos, también los irreverentes o las voces molestas; aquellas pasiones que tememos o esas prudencias que no queremos escuchar. Para ello se precisa el tiempo lento de la democracia, el paso de los días y las noches, la letargia o la importancia que en todo ello tienen nuestras fantasías, nunca exentas por otra parte de un componente público y político. No se trata por tanto de una deliberación donde todos hablan y saben hacerlo, o la competición racional, agonista y excluyente, por el mejor argumento. Los no razonables, o los *ciudadanos imperfectos*, como Aristóteles llamaba a los niños, también tienen su lugar en esta retórica democrática.

La apuesta de Vico, por tanto, conecta inevitablemente la democracia en nuestro foro interno con aquella que luego podemos construir junto a otros ciudadanos en la ciudad. Como vengo insistiendo, éste es el proyecto también de Hannah Arendt, refugiada judía en la Europa del siglo xx. Arendt experimenta en primera persona el *ricorso* de los tiempos heroicos, en este caso en castas nacionales cuyos privilegios de ciudadanía descansan en códigos civiles de observancia cuasidivina y que, sin ningún pudor, despojan de derechos y convierten en *nuda vida* a los de otra sangre, tierra o religión. Es el triunfo incontestado del *ius sanguinis* y el *ius soli* en nuestros códigos civiles.¹⁷

La amistad cívica es capaz de aplacar los temores a la quiebra interna en el propio gobierno del individuo, a la vez que puede fortalecer la democracia en la ciudad y sus instituciones sin tratar de imponerse como una ley mágica, sin apelar exclusivamente a los poderes ejecutivos de ciudadanos y gobernantes.

POLÍTICA Y CIUDADANÍA DESDE UNA RETÓRICA DEMOCRÁTICA

La conocida distinción de Arendt entre violencia y política, en realidad, ya la recogía Vico de Tito Livio: las reglas de una, nada tienen que ver con las de la otra.¹⁸ Esto abre otro modo de comprender la política, distinto de la visión (enseguida adaptada por el calvinismo) de que la vida es una lucha. La política pacífica, relacionada con la mano abierta de la retórica según Quintiliano –a la dialéctica le correspondería el puño cerrado–, ofrece oportunidades de construir la ciudad entre todos, reconociendo el conflicto pero sabiéndolo llevar hacia la ausencia de violencia. Re-conocer de manera profunda la pluralidad y la diferencia que nos recorre, en nosotros y en nuestras calles, no es impedimento, sino que favorece el que nos dotemos de una igualdad básica a la hora de decir y decidir sobre lo público.¹⁹ Pero esto, lo sabemos, no es algo sencillo, y no podemos apelar tan sólo a la voluntad de gobernantes y gobernados para ello como hacen últimamente nuestras leyes de integración o extranjería. Es más delicado, más complejo. Debemos escuchar a todos los componentes de nuestra identidad, así como atender las informaciones y el conoci-

17. En otro lugar he detallado el papel central que tiene en el pensamiento de Arendt la idea de libertad de movimiento. Víctor Alonso-Rocafort, «La libertad de movimiento en Hannah Arendt», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 145, julio-septiembre (2009).

18. Giambattista Vico, «Sobre la mente heroica» (1732), en, Giorgio Tagliacozzo, Michael Mooney y Donald Phillip Verene (comps.), *Vico y el pensamiento contemporáneo* (1976), México, Fondo de Cultura Económica, 1987, pág. 464.

19. Javier Roiz acuña la noción de *re-conocimiento* en la ciudad para indicar los vaivenes identitarios que el hondo conocimiento del diferente, del extranjero, del infante, nos produce una vez que, más allá que como un mero decorado externo, lo admitimos en nuestro mundo. Javier Roiz, «Sobre la Tolerancia en la sociedad vigilante», *Utopía y Praxis Latinoamericana*, año 13, n.º 43, (octubre-diciembre 2008).

miento que tengamos sobre la comunidad política y sus instituciones. Debemos aprender a dialogar, a saber atemperar la *hybris*, a escuchar. La sensibilidad musical de la retórica también nos proporciona la posibilidad de identificar las voces dominantes, los barrios silenciados a la fuerza, las opresiones que se dan en la ciudad; las ausencias y el abismo cada vez mayor con quienes nos re-presentan.

Hoy como ayer, el gozar de una ciudadanía efectiva de una u otra comunidad política, se revela en principio como clave para tener posibilidades, que no garantías, de una vida digna.²⁰ La idea de *ciudadanía* se suele presentar como un freno, una mínima salvaguarda pública, frente a los oleajes de un sistema económico como el capitalista, cuyo objetivo primordial es la ganancia privada. Pero su obtención sigue resultando cara para quienes no comparten la sangre o la tierra de los privilegiados. Como Joseph Carens y otros mostraron en su momento, la democracia liberal se enfrenta en esta cuestión de la exclusión a sus propios principios, y la salida a esta aporía a menudo reside en traicionarlos.²¹ Ni el republicanismo ni la teoría deliberativa han sido capaces tampoco de afrontar estas cuestiones de una manera inclusiva y democrática.

Tras el fin nominal de las colonias y protectorados se ha dado un auge de los Estados-nación en todo el mundo, y hoy existen más ciudadanos formales que nunca. Pero esta situación enmascara jerarquías muy precisas, es decir, ciudadanía con ciertos contenidos en el Norte, y ciudadanía en el resto del planeta donde, tras el término legal, apenas hay nada.²² Los ciudadanos nacionales de los Estados occidentales disfrutaban de una serie de derechos, es cierto, pero también se ven sometidos a importantes carencias, en algunos casos a discriminaciones así como, en general, a una pobre participación política. Gran parte de la población inmigrante que en estos Estados carece del derecho a una ciudadanía completa, sí que puede en ocasiones tener ciertas seguridades mínimas, principalmente en cuanto a los aspectos sanitarios y educativos se refiere, así como una limitada protección laboral y legal. Y sin embargo los extranjeros con y sin papeles de un Estado, a pesar de tener algunas de estas salvaguardas, siempre contarán con la amenaza de ser detenidos y deportados, así como suelen ver muy mermados sus derechos políticos.²³

La retórica y su reverencia por la pluralidad, con su original indagación en la isegoría y su comprensión (in)completa del ciudadano, es capaz de abrir nuevas posibilidades a la democracia. Por un lado, se ofrecen elementos para mejorar la ciudadanía política de quienes ya se hayan admitidos en el cada vez más selecto club de las comunidades políticas capaces de garantizar unos mínimos sociales y económicos. Por otra parte, la conexión de los aprendizajes experimentados *in foro interno* con la vida cívica en la comunidad, a través fundamentalmente de la amistad política, parecen ser el mejor antídoto contra la exclusión y la falta de hospitalidad para con quienes tratan de huir de realidades a menudo invivibles. El estudio de las obras de Isócrates, Quintiliano, Vico o de Arendt, suponen así una invitación, desde la retórica del mediterráneo, a enfrentar la barbarie con algo que en principio resulta muy sencillo, pero que suele despertar grandes temores: más democracia. ■

20. Ayelet Shachar y Ran Hirschl, «Citizenship as Inherited Property»: *Political Theory*, vol. 35, n.º 3 (Junio 2007), pág. 258.

21. Joseph H. Carens, «Aliens and Citizens: The Case for Open Borders» (1987), en Ronald Beiner (ed.), *Theorizing Citizenship*, State University of New York Press, 1995, págs. 229-253.

22. Stephen Castles, «Nation and empire: hierarchies of citizenship in the new global order», *International Politics*, vol. 42, n.º 2 (Junio 2005).

23. Linda Bosniak, *The Citizen and the Alien. Dilemmas of Contemporary Membership*, Princeton University Press, 2006, págs. 137-138.



Gerardo de Barros.
«Sin título» (1949)